

nes y de esa época admirable, repito, nos habla también León en sabrosos capítulos, al final de su libro.

Que vayan pues los hispanófilos de buen gusto a solazarse con las páginas castizas y vigorosas de *Los Caballeros de la Cruz*.

EDUARDO ZULETA ANGEL, B. A.
Colegial de número.

EL ROCIO

Para Anibal G. Castro.

Circundado por vívido celaje
el sol descende, lento, tras la cumbre;
y con destellos de rojiza lumbre
roba a las nubes su blancor de encaje.

Rasga la tierra su lumíneo traje
en férvida señal de pesadumbre
y al desaparecer allá en la cumbre
el sol, torna funéreo su ropaje.

Y cuando, a la mañana, su carrera
renueva el sol desvaneciendo el manto
sombrió de la esfera,

la sorprende en ardiente desvarío
toda cubierta de radioso llanto:
las gotas de rocío.

J. A. TOVAR DAZA.

